



Artículo: Jorge Alberto Manrique

Autor(es): Fernández, Martha

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 0

Año: 1995

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Fernández, Martha. "Jorge Alberto Manrique" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 44A (1995): p. 41-47. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3985>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Jorge Alberto Manrique

por Martha Fernández

Maestro en historia por la UNAM, donde es profesor e investigador; fue jefe de redacción y director de la Revista de la Universidad y director del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM (1974-1980). Fue fundador del Museo Nacional de Arte y director del Museo de Arte Moderno. Es autor de varios libros, entre los cuales se encuentran Los dominicos y Azcapotzalco (1964), La dispersión del manierismo (1980) y Ángel Zárraga (1984). Perteneció a la Academia Mexicana de la Historia, a la Comisión Mexicana de Historia del Arte, a la Comisión Internacional de Museos y a la Asociación Internacional de Críticos de Arte.

MF: *Háblenos de su primer contacto con el instituto, cuando salió usted de la Facultad de Filosofía, y de cómo se relacionó con el mismo:*

JAM: Los historiadores del arte tenemos como formación la carrera de historia, pues no hay licenciatura en historia del arte; sólo la hubo momentáneamente, en vísperas de mi ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras.

Entré a la Facultad de Filosofía y Letras en 1954, cuando ésta se trasladó a la Ciudad Universitaria. Como ya dije, en ese tiempo, nos formábamos como historiadores, por lo tanto los maestros eran los mismos y nuestra relación con la historia, pues, era clara. De esta manera, fui discípulo de los fundadores del Instituto de Historia, don Rafael García Granados y don Pablo Martínez del Río, quienes daban clase todavía en la Facultad; ya eran viejos, por desgracia, y ya no estaban en su mejor momento. Don Pablo, con todas sus glorias, entonces ya contaba con varias ediciones de su obra *Los orígenes americanos*, y don Rafael también tenía un antiguo y largo historial; él se colocaba sus anteojitos arriba, como aparecía en esa foto que mantuvo la Biblioteca Rafael García Granados durante mucho tiempo.

Había otra zona de contacto: la Academia de la Historia. Los estudiantes solíamos ir con frecuencia.

El Instituto de Historia había acogido a maestros de fuera que, a veces, también daban clases en la Escuela de Antropología o en El Colegio de México. Entonces a esta gente uno se la encontraba en varios lados. Entre este grupo

recuerdo, desde luego, a don Pedro Bosch Gimpera, a Mauricio Swadesh y a Paul Kirchhoff, todos ellos grandes personajes.

Cuando yo estudié, prealecía un acuerdo muy viejo de colaboración entre la Facultad de Filosofía y la Escuela de Antropología, mismo que se remontaba a los orígenes de estas instituciones; de esta manera, uno podía tomar clase en la Escuela de Antropología o en la Facultad de Filosofía (aunque creo que, a la hora de la hora, el acuerdo no valía). Yo tomé clases en la Escuela de Antropología, en el Palacio de Moneda. Ahí tuve como maestro a Armillas, quien en realidad no dio, que yo recuerde, clases en la Facultad de Filosofía. Muchos jóvenes que entraban a la Escuela de Antropología, como Jorge Gurría, eran también maestros en esta facultad.

No sé si sea conveniente en una recordación celebratoria mencionarlo, pero en ese momento dentro de la Facultad de Filosofía había un pique muy fuerte entre la “ola vieja”, llamémosle así, de historiadores positivistas, y la “ola nueva”, cuya cabeza muy visible era don Edmundo O’Gorman, quien aún no era don, aunque para nosotros los estudiantes sí. En ese momento, la “ola nueva” era la del historicismo y uno de sus discípulos más cercanos era Juan Ortega y Medina. La pugna era muy fuerte entre esas dos corrientes y todos los estudiantes nos afiliábamos a una o a otra.

Yo era de la “ola nueva”, porque me gustaban mucho las ideas de don Edmundo, aunque tenía otras razones. Una de ellas era que los historiadores del arte se ubicaban de este lado: desde luego, estaba don Justino Fernández, amigo muy cercano de don Edmundo, y Francisco de la Maza. Así, de manera natural nos fuimos hacia allá, y desde luego también recibimos influencia de la filosofía. En esa época, los estudiantes, por lo menos los que teníamos intereses diversos, llegamos a tener un panorama muy amplio; tomamos clases de literatura y de filosofía y tuvimos también relación con José Gaos, quien fue mi maestro, al igual que don Edmundo y don Justino.

En esos años, a mediados de los cincuenta, el Instituto de Historia pasó por una no tan buena época. Se alternaron en el cargo de director don Rafael García Granados y don Pablo Martínez del Río, pero los dos ya viejos y un poco cansados. Aunque ya estaba pronta la generación que llegaría al relevo.

Como anécdota recuerdo que en una ocasión, cuando Salvador Azuela era director de la Facultad de Filosofía, se decidió hacer unas mesas redondas sobre la labor de los institutos, para conocer lo que hacían, aunque tenían también la

intención de que los estudiantes nos acercáramos. De hecho, teníamos contacto con los institutos debido a las bibliotecas. Toda la vida consulté mucho más las bibliotecas de los institutos de Estéticas y de Historia, respectivamente, que la de la facultad, ya que aquéllas estaban mucho más al día. Pues se hizo aquella reunión. No la puedo reconstruir toda, pero recuerdo que estaban don Pablo, don Rafael, Jorge Gurría Lacroix, alguien más y don Edmundo O’Gorman como el hombre en discordia. Quien coordinaba y daba la palabra, Rafael Moreno, que era joven en aquel momento, estaba aterrado por lo que fuera a decir O’Gorman. Entonces les fue dando la palabra a todos menos a él, quien nada más se revolvió en la silla. El resultado fue terrible porque don Edmundo se fue poniendo más bravo de que no lo dejaran intervenir y, cuando por fin hubo que darle la palabra, Don Edmundo, que se encontraba sumamente molesto porque se le había impedido hablar, dijo que el instituto era más bien una agencia de publicaciones; aunque reconoció que sí había publicado algunas cosas interesantes. Él consideraba que el Instituto de Historia en ese momento no estaba cumpliendo con lo que debía ser la tarea de un centro de investigaciones.

Muy pronto, y no necesariamente como resultado de lo anterior, las cosas empezaron a cambiar. Aquella pugna entre las dos visiones de la historia que se daba en la Facultad de Filosofía había repercutido en el instituto. A partir de entonces empezó a cambiar la relación entre estos dos grupos y terminó la pugna tan violenta. En aquellos años, el jefe del Colegio de Historia de la Facultad era el maestro Luján, quien estaba en el instituto también. Entonces, claro, la presencia de este maestro, su relación con el instituto, hicieron al principio más difícil la reunión de esos dos partidos.

En Filosofía estaba entonces un grupo de representantes de la filosofía renovadora, con José Gaos a la cabeza. Entonces el instituto empezó a renovarse, comenzó a entrar nueva gente. Desde luego, un importante elemento de renovación fue el ingreso de un grupo de antropólogos, quienes no necesariamente eran gente joven; más bien eran viejos, pero viejos modernos, renovadores, con ideas originales, muy fuera de la vieja historia tradicional.

Como el instituto tendió a renovar el personal, la facultad también empezó a cambiar. De esta manera, entre los dos bandos, poco a poco, se fueron estrechando las grandes distancias y hubo más puntos de contacto.

Entre la gente joven y nueva que ingresó al instituto se encontraba Miguel

León-Portilla. Por estos años, el interés en la historia antigua abrió una nueva opción en la investigación histórica, diferente, con una muy distinta lectura de los textos. En el seminario que León-Portilla dirigía siempre se enseñó el náhuatl, a fin de poder discutir los textos nahuas. Como todas las instituciones se relacionan, León-Portilla, por ejemplo, que había sido director del Instituto Indigenista Interamericano, poco después, lo fue del Instituto de Historia. Su gestión significó una gran renovación de la dependencia, que se fue consolidando y empezó a ser deseable para los maestros de la facultad.

Por razones de cambios de tipo económico en la universidad y porque había una nueva generación, en el instituto en esos años se creó la Sección de Antropología que se separaría de él y se constituiría, años después, en el actual Instituto de Investigaciones Antropológicas. Una de las grandes glorias del Instituto de Investigaciones Históricas es haber albergado a estos investigadores.

MF: ¿Qué vínculos tuvo con miembros del instituto, por ejemplo con don Edmundo O'Gorman?

JAM: Una razón por la que uno establecía contacto con miembros de los institutos era que éstos se ubicaban en la misma torre, de tal manera que al ir a cualquiera de las bibliotecas se los encontraba; por ejemplo, a Josefina Muriel, quien por cierto ha hecho una historia tan cercana a la historia del arte.

Después de haberme ido a Jalapa y a Europa, de haber sido maestro en la Facultad de Filosofía y Letras, de haber sido maestro en El Colegio de México, ingresé al Instituto de Investigaciones Estéticas; les estoy hablando de 1968.

Cuando regresé de Europa ingresé al seminario de O'Gorman, que ya había sido mi maestro en la facultad y ya les hablé de todo este recuerdo de los partidos. En un tiempo la facultad tuvo problemas de espacio, y las sesiones las teníamos en la Biblioteca Central. En el seminario estábamos Josefina Vázquez y otros miembros de generaciones anteriores y posteriores a la mía. Aunque los créditos que debíamos pagar para el doctorado ya los habíamos cubierto, seguíamos asistiendo al seminario. Por un periodo Eduardo Blanquel fue miembro del seminario, y como ustedes saben tuvo con O'Gorman un trato muy cercano; también fuimos muy cercanos amigos él y yo.

El seminario tuvo distintas etapas: primero empezó como seminario de comentarios de textos. Comentamos allí, para empezar, *La invención de América*, que acababa de salir, o textos como el *Manifiesto Comunista* o textos de Comte. Después don Edmundo lo fue dirigiendo hacia la realización de tareas comunes: así, hicimos las actas de cabildo, la edición que nunca se publicó de Gage. La primera tarea del seminario fue la edición de la *Apologética historia*, y entonces tuvimos, por un tiempo, un rinconcito en Estudios de Posgrado de la Facultad, que todavía no se llamaba así, y luego nos reuníamos en el Instituto de Estéticas o en el de Históricas.

En esos años, la gente nueva que entró a ese seminario fueron los que habían sido mis discípulos cuando yo empecé a dar clase en la facultad, como Aurelio de los Reyes, o gente de generaciones anteriores como Virginia Guedea. Luego llevé a algunas personas de El Colegio de México, como Elías Trabulse y Andrés Lira. Álvaro Matute también se incorporó aunque no tuvo una larga permanencia; en fin, era gente muy de primera.

Después, curiosamente, el seminario se fue depurando cada vez más, al punto de que todos sus miembros sin excepción éramos profesores en la facultad o en El Colegio de México y varios éramos directores. Roberto Moreno fue después director del Instituto de Investigaciones Históricas y siguió yendo al seminario; fui director del Instituto de Investigaciones Estéticas antes que Roberto y seguí yendo al seminario; Matute era director entonces de la Escuela para Extranjeros y siguió yendo al seminario. Realmente había tres o cuatro directores en el seminario, era muy espectacular. Luego, empezó a haber —desgraciadamente así es el hombre— dificultades entre los miembros del seminario y esto empezó a desanimar a don Edmundo que, desde luego, en esta época ya era emérito y daba el seminario por el gusto de darlo. Comenzó a impartir un seminario en la Universidad Iberoamericana al que lo habían invitado y en el que también hicieron cosas muy interesantes. Esto coincidió, por un lado, con estas disensiones internas del seminario y, por otro lado, con el hecho de que don Edmundo estaba ya cansado y no quería asistir a dos seminarios.

MF: *Como director del Instituto de Investigaciones Estéticas, ¿cómo fue su relación con el Instituto de Investigaciones Históricas? ¿hubo coordinación de libros o conferencias?*

JAM: Hemos hecho muchas cosas en común, hay ediciones en común, la cercanía ha sido muy grande. Cuando yo era director, como dije antes, estábamos en la Torre de Humanidades; ocupábamos dos pisos, uno para cada instituto, pero además el Consejo Técnico de Humanidades en esa época, es decir, antes de las reformas al Estatuto, estaba formado exclusivamente por los directores y las sesiones se hacían en el octavo piso. Era entonces coordinador Rubén Bonifaz, que lo fue por muchos años. Entonces, claro que todo el tiempo nos veíamos o nos encontrábamos en el elevador o en el pasillo o nos telefoneábamos para alguna cosa. Las sesiones de Consejo eran como una reunión de amigos. Aparte de encontrarnos en el Consejo Universitario, lo hacíamos necesariamente en las ceremonias a las que asistíamos los directores. Con frecuencia coincidíamos en diferentes momentos. Gurría Lacroix y yo fuimos buenos amigos, ya ven como el tiempo lo restaña todo. En la época arcaica de las dos facciones, Gurría estaba con la facción de Luján, de don Rafael; ya para estos tiempos modernos, don Edmundo era muy amigo de Gurría y yo también. Además, nos encontrábamos en la Academia, a la que yo ya había ingresado. Las Academias sirven mucho para eso. Ya, por otra parte, don Edmundo era para entonces una especie de valor consagrado.

Debo decirles que en nuestro instituto, el de Investigaciones Estéticas, desde el principio hubo muy buena relación con el de Históricas. La primera acta de la reunión los miembros del Instituto, cuando todavía se llamaba Laboratorio de Arte —un documento formidable que existe en nuestro archivo, en el que Manuel Toussaint da a conocer el programa del instituto que, al fin y al cabo, ha prevalecido durante 60 años—, hace referencia a acercarse a ese hermano mayor que era el Instituto de Historia que tuvo esa primera fundación, que debe de haber sido en 1934. Luego hubo una reorganización de la investigación en la Universidad Nacional, que la agrupó en instituciones más amplias; una terrible crisis económica dio al traste con el proyecto: Estéticas e Históricas estaban en situación de desvanecerse; el de Estéticas continuó viviendo exclusivamente porque don Manuel, don Justino —que ya había entrado—, creo que Federico

Gómez de Orozco y alguna otra persona le dijeron al rector que no les diera sueldo, pero que el instituto continuara; ellos le pagaron a la secretaria hasta que las cosas tomaron un ritmo mejor. En aquella situación el Instituto de Historia desapareció y vino a crearse algunos años después (1945). Pero desde el principio hubo algunas publicaciones comunes, si ustedes ven el catálogo de las primeras publicaciones del Instituto de Estéticas, algunas se hicieron con el Instituto de Historia. Rafael García Granados era miembro honorario del Instituto de Estéticas y también lo era don Edmundo. ∞

